Inició Paulino Pallás la campaña dinamitera atentando á la vida del general Martínez Campos. Fué condenado á muerte, y cuando le llevaron al lugar en que había de ser fusilado, exclamó: «La venganza será terrible.»

Santiago Salvador cumplió este testamento.

«Un día—cuenta su mujer,—poco después de la muerte de Pallás, vino Salvador á casa con dos bombas ocultas en la faja, y las dejó sobre un vasar. Al otro día las metió en un puchero y guardó éste en el baúl. La noche siguiente me pidió una peseta, y, á pesar de ser el único dinero que había en casa, se la dí. Salió de casa, volvió á media noche, y, poniéndose ante mí y como si delirara, exclamó: «*Antonia, mi deber está cum»plido; Pallás está vengado.*»

Es la reproducción de Caserio; ambos religiosos primero, después fanáticos, ignorantes campesinos y criminales por venganza política.

CAPÍTULO VII.

Altruísmo.

Aquí surge, para el psiquiatra y para el sociólogo, un difícil problema. ¿Cómo es posible que en estos individuos, locos, criminales para casi todo el mundo, neuróticos y grandes apasionados, se dé un altruísmo que no se encuentra en la generalidad de los hombres, y mucho menos aun en los locos y en los criminales, que son siempre los mayores egoístas del mundo?

Este altruísmo, llevado al último límite, es uno de los caracteres que con gran maravilla encontramos siempre en Vaillant, en Henry, en Caserio y aun en

otros anarquistas bastante más criminales que éstos. P. Desjardins dice á este propósito lo siguiente: «Hay, sin duda alguna, anarquistas malvados; pero la mayor parte son buenos, transformados por una excesiva sensibilidad en malos: se ha dado alguna vez el caso de volverse uno anarquista por ver á su patrón romper un brazo al aprendiz. E. Reclus se distingue por su bondad sin límites» (1).

Sabido es de todo el mundo que Pini y Ravachol donaban casi todo el producto de sus robos á sus compañeros ó en favor de la causa común. He recibido yo una carta de Chicago en que me decían que Spiès era venerado como un santo por sus compañeros, á quienes daba cuanto tenía: ganaba 19 francos por semana y daba dos á un amigo que estaba enfermo; en una ocasión socorrió cuanto pudo á un hombre que meses antes le había insultado groseramente; sus com-

(1) *Revue Bleue*, Diciembre 1893.

pañeros decían que si la causa hubiese triunfado, se hubiera hecho preciso encarcelarle para evitar que su infantil sensibilidad fuera un obstáculo para la revolución anarquista.

Me han referido, á propósito de Palla (un feroz anarquista), que se encontraba, después de un naufragio, en una isla abandonada, en unión de un compañero, cuando una nave, aproximándose á ella, le dió ocasión de salvarse; mas tardando en llegar al barco su compañero, que debía embarcar con él, se impacientó el capitán y dió orden de emprender la marcha. No pudiendo Palla impedirlo de ninguna manera, se tiró al agua, y le obligó así al capitán á detenerse, entretanto que llegó el compañero y estuvo á salvo.

En el periódico *La libre parole* cuenta Drumont del famoso nihilista Stepniak que, después de haber cometido un asesinato político, aprovechándose del aturdimiento y del estupor de la multitud, pro-

pio de los primeros momentos que siguen á un suceso de tal naturaleza, subió en una *troika*, donde le esperaba un cómplice disfrazado de cochero, que estaba encargado de asegurarle la fuga; el amigo, es natural, pensando que no había tiempo que perder, fustigaba al caballo para acelerar su carrera, al ver lo cual Stepniak, le dijo: «Yo soy muy sensible y no puedo ver sufrir á un animal; si tú sigues maltratando así al pobre caballo, me bajo y me entrego á la policía.»

De la indagación de Hammon (1) sobre varios anarquistas resulta que la mayor parte estaban movidos por un exagerado altruísmo, una sensibilidad morbosa para los dolores ajenos.

«Me encargasteis—escribía uno—que interrogara á los infelices del hospital donde yo estaba, y el efecto de tal interrogatorio fué espantoso en mi alma;

(1) Dubois, obra citada.

comprendí la necesidad de la solidaridad, y me volví anarquista.»

«¿Que por qué me hice anarquista?—decía otro.—Porque vi de cerca el frío, el hambre y la fatiga de millares de mis compañeros, reducidos á la abyección y obligados á mendigar trabajo, con la cara humedecida por las lágrimas, por un patrono que les rechazaba murmurando en voz baja: «*No tengo mi dinero para sa»ciar hambres.*»

Ya hemos visto que Caserio lloraba cuando acudía á su mente el recuerdo de la suerte de sus miserables compañeros de la Lombardía.

Mas donde surge potente é infinito este altruísmo es en los discursos de todos los anarquistas últimamente condenados á muerte, lo mismo los pronunciados antes de la condena que después; discursos llenos de un fanatismo no simulado, y que no podía predisponer en su favor á los Gobiernos ni á los Jurados. Eran el fruto del más puro entusiasmo,

de que es prueba su misma forma bellísima é intachable, porque el fanatismo convierte en oradores aun á los más ignorantes. Oigamos á Ravachol, ladrón y asesino:

«Si yo hago uso de la palabra, no es para disculparme de los hechos de que se me acusa, porque sólo la sociedad, que por su descabellada organización enciende continuamente la lucha entre unos y otros, es la responsable; ¿qué se ve hoy en toda clase de personas, sino que desean, no diré la muerte, porque esta palabra hace daño al oído, pero sí la desgracia de sus semejantes, cuando esta desgracia puede reportarles alguna ventaja. ¿No hace votos un industrial para que un competidor suyo se arruine? ¿Qué quieren todos los comerciantes en general, sino ser los únicos que negociaran en su ramo del comercio? Y un operario que se encuentra sin trabajo, ¿qué hace sino anhelar que por cualquier motivo dejen cesante

á aquel que ocupa el puesto que él desea?

»Pues bien: en una sociedad en que se dan semejantes hechos, no debe nadie sorprenderse de actos como éstos que se me recriminan, consecuencia lógica de la lucha por la existencia latente entre todos los hombres, constreñidos, para poder vivir, á emplear cuantos medios tengan á su alcance. Cuando uno se encuentra estrechado por la miseria, cuando el hambre acosa y el frío hiela, no puede dejarse, como yo no he dejado, de utilizar cuantos medios se tengan para conservar la vida, aun á riesgo de hacer algunas víctimas.

»¿Se inquieta el patrono que despide á sus obreros porque éstos se van á morir de hambre? ¿Se acuerdan los que gozan de lo superfluo de aquellos á quienes falta lo necesario? Cierto es que algunos acuden á socorrer á los necesitados; pero son impotentes los poquísimos que lo hacen para remediar á todos los que gimen oprimidos por la miseria y mueren

aniquilados por toda clase de privaciones, ó voluntariamente, suicidándose para concluir con una existencia miserable y no sufrir más el hambre, la vergüenza, las humillaciones innumerables, sin la esperanza de que tengan fin.

»Así han hecho la familia Hayem y la mujer Soubeim, que mataron á sus hijos para no verlos sufrir más tarde; y así han hecho tanta y tanta mujer que, en el horroroso trance de no poder nutrir á un hijo, no han titubeado en comprometer su vida, ahogando entre su seno el fruto de su amor.

»Y todo esto ocurre en Francia, donde reina la abundancia, donde las carnicerías están llenas de carne y las panaderías de pan; donde los vestidos y los zapatos están amontonados en los almacenes, que no tienen un departamento vacío; mas ¿cómo ha de admitirse que todo va bien en la sociedad, si está claro lo contrario?

»Los mismos culpables llorarán por las

víctimas; pero luego dirán que no tienen ellos la culpa, y que cada uno se las valga como pueda. Y ¿qué puede hacer quien carece de lo necesario para vivir? Si no encuentra trabajo, solamente podrá dejarse morir de hambre. Se pronunciarán algunas palabras de piedad sobre el cadáver, y después todo habrá concluído. Ahora bien: yo he dejado esto para los demás, para quien lo quiera, y me he hecho contrabandista, monedero falso, ladrón y asesino. Hubiera podido mendigar; pero esto es vil y degradante, y aun castigado está por nuestras leyes, que hacen de la miseria un delito.

»Si todos los necesitados, en vez de esperar inútilmente, cogieran lo que les es preciso, de donde lo hay, sin reparar en los medios, los satisfechos verían bien pronto cuán peligroso es mantener un estado social en que la inquietud es permanente y la vida está amenazada á todas horas; y se llegaría á comprender que los anarquistas tienen razón

cuando dicen que para tener tranquilidad física y moral es preciso destruir la causa generadora de los delitos y de los delincuentes, y no ya suprimir á los que, antes que morir lenta y horriblemente por las privaciones, prefieren—si tienen un resto de energía—coger violentamente aquello que puede asegurarles un bienestar, aun á trueque de costarles la vida.

»He aquí por qué he cometido yo esos actos que me recrimináis, y que son racional derivación del bárbaro estado de una sociedad que no hace otra cosa que aumentar las víctimas con unas leyes que recrudecen los efectos sin remediar las causas.

»Se dice que es preciso ser muy cruel para quitar la vida á un semejante; mas los que así hablan no tienen en cuenta que nadie se lanza á dar tal paso sino para conservar la propia; y vosotros mismos, señores jurados, que seguramente me condenaréis á muerte, porque así lo creeréis necesario, y que veríais satis-

fechos mi absolución, porque tenéis horror á ver correr la sangre; vosotros mismos, cuando lo creéis útil y preciso, no dudáis en verterla, como yo no dudé; pero con esta diferencia: que vosotros lo hacéis sin correr peligro alguno, y yo lo hice arriesgando mi libertad y mi vida.

»Fijaos, señores, en que la mayor parte de los delincuentes que juzgáis lo son por robo.

»Al crear los artículos del Código, han olvidado los legisladores que no atacaban las causas, sino únicamente los efectos; las causas persistirán siempre, aunque en algún momento dejen de derivarse los efectos; y siempre habrá delincuentes, porque si hoy suprimís uno, mañana surgirán diez.

»¿Qué es preciso, pues, hacer? Destruir la miseria, este germen del delito, asegurando á cada cual la satisfacción de todas sus necesidades ¡Y qué fácil sería esto! Bastaría constituir sobre nuevas

bases una sociedad en la que todo fuera común, produciendo cada uno según sus aptitudes y sus fuerzas, y consumiendo con arreglo á sus necesidades.

»No se vería entonces á los hombres mendigar un pedazo de metal que les hace esclavos; no se vería más á la mujer vender sus gracias, como una vulgar mercancía, por ese mismo metal, que no deja conocer si la afección y el cariño son sinceros; no se verían más hombres como Pranzini, Prado, Anastay y tantos otros que, por lograr el mismo metal, se atreven á matar á sus semejantes. Todo esto demuestra que la causa de todos los delitos es siempre la misma, y es preciso ser insensato para no verlo.

»Sí, lo repito: la sociedad es la que hace los malhechores; y vosotros, jurados, en lugar de castigarlos, debíais dedicar vuestra inteligencia y vuestras energías á transformar la sociedad. De un golpe suprimiríais los delitos, y vuestra obra, aniquilando las causas, sería más grande

que ahora es vuestra justicia empleada en reprender los efectos.

»Yo no soy más que un obrero sin instrucción, pero he vivido la vida de los miserables, y siento la iniquidad de vuestras leyes represivas ¿Dónde habéis adquirido el derecho de matar ó de encarcelar á un hombre que, puesto en el mundo con la necesidad de vivir, se ha visto en la precisión de coger aquello que le hacía falta para alimentarse?

»Yo he trabajado para vivir y para que vivan los míos, y hasta tanto que no hemos llegado al límite en que ya no era posible sufrir más, he sido lo que vosotros llamáis un hombre honrado. Después, me faltó el trabajo y vino el hambre. Y entonces esa gran ley de la naturaleza, esa voz imperiosa que no admite réplica, el instinto de conservación, me impulsó á cometer ciertos delitos, que vosotros ahora me recriminái, y de los que yo me reconozco autor.

»Juzgadme, señores jurados; mas si

vosotros me habéis comprendido, juzgándome, juzgáis también á todos los desgraciados de quienes la miseria ha hecho delincuentes, de quienes la riqueza ó sólo el trabajo hubiera hecho hombres honrados, y de quienes, por último, una sociedad inteligente hubiese sacado hombres iguales á todos los demás.»

En este discurso se mezcla la pasión política con la criminal, y es la obra de un delincuente nato que quiere justificar sus crímenes; pero en Henry encontramos la pasión pura, con un elevado sentido ético.

Oigámosle:

«El juicio os ha demostrado que yo me reconozco autor de estos hechos. No es mi defensa lo que quiero hacer; no pretendo, de ningún modo, esquivar las represalias de la sociedad, á quien yo he atacado, porque no reconozco más que un solo tribunal, mi conciencia: el veredicto de cualquier otro me es indiferente.

»Quiero tan sólo explicar mis actos, y explicar también cómo fuí arrastrado á cometerlos.

»Soy anarquista desde hace poco tiempo, pues sólo desde 1891 me he lanzado al movimiento revolucionario. Viví primero en un ambiente impregnado por completo de la moral actual. Yo estaba acostumbrado á respetar y aun á amar á la patria, la familia, la autoridad y la propiedad. Pero los que educan á la generación actual se olvidan frecuentemente de una cosa, y es que la vida, con sus luchas y sus dolores, con sus injusticias y sus iniquidades, se encarga de abrir los ojos de los ignorantes á la realidad. Esto es lo que me ha ocurrido y les ha ocurrido á todos. Se me había dicho que la vida estaba fácil y generosamente abierta á la inteligencia y á la energía; mas la experiencia me demostró que sólo los cínicos, los viles y los rastreros logran un buen puesto en el banquete.

»Se me había dicho que las institucio-

nes sociales estaban basadas sobre la justicia y la igualdad, y yo no he visto en torno de mí más que mentiras y bribonadas.

»Cada día que pasaba me mataba una ilusión. Por donde quiera que iba, me saltaban á la vista testimonios de los mismos dolores sufridos por los unos, de los mismos deleites gozados por los otros. No tardé en comprender que las grandes palabras que me habían enseñado á venerar: honor, devoción, deber, eran máscaras que encubrían las más vergonzosas torpezas y liviandades.

»El industrial que edifica una fortuna colosal con el trabajo de sus obreros, que de todo carecen, era una persona honrada.

»El diputado, el ministro, cuyas manos están siempre abiertas para recibir el precio del soborno, eran los encargados de velar por el bien público.

»El oficial que había probado el nuevo modelo de fusil, sobre dos niños de siete

años, había cumplido su deber, y el mismo Presidente del Consejo de Ministros le felicitaba en pleno Parlamento.

»Todo esto, que yo veía, sublevó mi espíritu, y le indujo á criticar la actual organización social. Esta crítica se ha hecho ya muchas veces para que yo la repita. Me bastará decir que me convertí en furioso enemigo de una sociedad que me parecía criminal.

»Por un instante me incliné hacia el socialismo; pero bien pronto me alejé de él. Tenía yo demasiado amor por la libertad, demasiado respeto á la iniciativa individual, demasiada repugnancia á las corporaciones, para tomar un número en el ejército matriculado del cuarto Estado.

»He llevado en la lucha un odio profundo, vivificado todos los días por el repugnante espectáculo de esta sociedad, donde todo es bajo, todo es asqueroso, todo es infame; donde todo se enfanga en las pasiones humanas, las tendencias

generosas del corazón y el libre vuelo del pensamiento. Por todo esto, he querido castigar fuerte y justamente cuanto he podido.

»De todas partes se espiaba, se perseguía, se arrestaba á capricho de la policía. Multitud de individuos eran arrebatados á sus familias y arrojados en las prisiones. ¿Qué sucedía á la mujer y á los hijos del compañero encarcelado?

»El anarquista no era un hombre, era una bestia feroz, á la que se daba caza en todas partes, y para la que, la casta burguesa, vil esclava de la fuerza, pedía en todos los tonos el exterminio.

»Al mismo tiempo se secuestraban los opúsculos y periódicos de nuestro partido, y el derecho de reunión estaba violado.

»Pues bien: si vosotros hacéis responsable á todo un partido de los actos de un hombre, y hacéis cuanto podéis por bloquearle, es lógico que nosotros des-

carguemos nuestro odio sobre la masa entera.

»¿Debíamos atacar sólo á los diputados que hacen las leyes contra nosotros, á los magistrados que las aplican y á los polizontes que nos arrestan? No lo creo. Todos estos hombres son instrumentos; no obran en nombre propio; son instituciones constituídas por la burguesía para su defensa, y, por tanto, no son más culpables que los demás.

»Los buenos burgueses que, por no estar revestidos de ningún cargo especial, pasan su vida disfrutando los dividendos producidos por el trabajo de sus obreros, deben también sufrir su parte de represalias.

»En esta guerra sin tregua que hemos declarado á la burguesía, no queremos ninguna piedad.

»Nosotros damos la muerte y sabemos sufrirla, y por esto espero vuestro veredicto con indiferencia. Sé que mi cabeza no será la última que caiga, porque los